



AQUÍ Y AHORA EL CAMPAMENTO

JAVIER MARTÍNEZ

TODA HISTORIA TIENE UN COMIENZO

EL CAMPAMENTO

Vivimos en un mundo en el que casi todos fingimos. Una gran parte de nosotros ha mentido y pretendido ser alguien o algo que no era. En mayor o menor medida, a lo largo de nuestra vida fingimos una y otra vez, tratando de engañar a los que nos rodean para conseguir un objetivo concreto; aunque a veces no sepamos cuál es o lo hagamos de forma inconsciente dentro de una rutina. Fingimos tener más conocimientos de los que realmente tenemos a la hora de hacer una entrevista de trabajo. Fingimos estar bien aunque en realidad estemos sufriendo por dentro. Fingimos tener prisa cuando la vecina nos sorprende en el rellano saliendo del ascensor y pretende ponernos al día de sus últimas novedades. Fingimos que aún sentimos amor por nuestra pareja mientras estamos deseando a otra persona en secreto. Fingimos que los pechos tersos, amplios y perfectos aparecieron gracias a comer almendras y no tras la influencia de un bisturí. Fingimos ser heterosexuales para que no nos señalen en el instituto o para no tener que dar explicaciones en casa.

Otras veces incluso llegamos a hacerlo a cara descubierta. Desde teñirnos el pelo de algún color hasta rociarnos con el perfume de Armani antes de salir de casa. Toda nuestra apariencia –y esencia– física se basa en fingir algo que no somos por naturaleza, con el fin de gustar más tanto a los demás como a nosotros mismos. Y es lícito. Estoy a favor de mejorar por fuera para ser más felices por dentro. El problema llega cuando vivimos rodeados de tanta ficción que se desvirtúa por completo lo que somos en realidad. Se pierde la esencia real de lo que sentimos. Todo se convierte en un espejo que sólo refleja lo que queremos que el mundo crea que somos y prácticamente nadie consigue ver más allá del cristal. Muy pocos llegan hasta quienes somos de verdad.

En general, también tenemos la mala costumbre de simplificar a las personas. Las catalogamos como guapas o feas, altas o bajas, buenas o malas, inep-tas o talentosas, útiles o inútiles. Y me parece que ese es uno de los grandes fallos de la humanidad, aunque con esto no estoy descubriendo nada nuevo. No se puede pretender encasillar a alguien en un grupo tan limitado cuando nuestro interior es una infinita gama de posibilidades, pensamientos y emociones que nos hace seres versátiles en constante cambio y evolución. Como se suele decir: ni los buenos son tan buenos ni los malos son tan malos. Lo mismo ocurre con el resto de adjetivos que se le puedan aplicar a alguien. Si no existieran etiquetas tan simples como "guapo", "inteligente" o "estúpido", no existirían otras más complejas como "normal", "negro" o "gay". Y la inexistencia de esas etiquetas evitaría que ciertos sectores de la población se creyeran con la autoridad moral suficiente para dictaminar lo que es correcto de lo que no, lo que es normal y anormal, quién tiene más poder y quién menos, quién es mejor o peor e incluso quién tiene derecho a ser feliz y quién no.

Quizás lo que pretendo decir es que las cosas rara vez son como la gente cree. Todo no es así porque sí, regido bajo una norma infalible. Las cosas simplemente son, da igual cómo sean. Son. Y ahí es donde tenemos que quedarnos. Somos lo que somos. Hacemos lo que hacemos. Vivimos y nos relacionamos. Da igual el signo del zodiaco, la edad, la apariencia física, los estudios, la raza, la ropa o el color de nuestro coche. Lo demás son solo normas, órdenes, etiquetas, suposiciones, palabras y tonterías varias que no le importarán a na-

die cuando hayamos muerto. Y por eso tampoco deberían importarnos ahora que estamos vivos.

Parece como si necesitáramos encajar en alguna de esas etiquetas para sentir que tenemos la posibilidad de llegar a ser alguien en el mundo. Después de todo, el que no se haya sentido desubicado en la vida en algún momento de su existencia que tire la primera piedra. Yo soy el primero que siempre me he sentido fuera de lugar y no precisamente por querer encajar, sino más bien por no tener claro qué es lo que hago aquí, para qué he nacido.

Sé que soy raro, lo tengo asumido desde hace tiempo. No raro por fuera, sino por dentro. Más que raro, diría diferente. Eso es. Soy diferente a los demás. Aunque, según me ha comentado mi madre –y mi madre es muy sabia–, todas las personas se sienten únicas y diferentes en su propia conciencia. Y eso se supone que es bueno. Yo no sé si es bueno, pero es lo que hay y estoy orgulloso de ser diferente al resto; de no seguir modas sino adaptarlas a mi estilo, de tener mis propios ideales, de seguir mis propios consejos y de no hacer caso a la gente cuando dicen que los sueños no se cumplen, que para ser feliz hay que conformarse y que el mundo no está hecho para los que tenemos buen corazón. Dicen que el mundo es de los valientes, pero ser valiente no tiene tanto mérito como ser cobarde y aún así sobrevivir día a día luchando el doble y el triple de lo habitual para no caer en la trampa de la rendición. Se podría decir que hay dos tipos de valientes: los valientes innatos, que tienen la fuerza para hacer todo lo que se propongan; y los cobardes valientes, que son los que verdaderamente se merecen lograr sus sueños porque la vida se lo ha puesto más complicado que al resto. Y lo cierto es que yo siempre me he considerado de los primeros. Nunca he tenido dificultad para conseguir aquello que me he propuesto, no he sentido bloqueos, no he tenido miedo a nada ni a nadie... Hasta ahora, que he empezado a darme cuenta de que ser diferente podría hacerme vulnerable y frágil.

Con diferencias o sin ellas, la educación aún no la he perdido. Me llamo Ryan Pinkert y tengo dieciocho años cumplidos no hace mucho. Capricornio. Lo que se supone que me convierte en ambicioso, práctico y prudente, con buen sentido del humor. Estoy de acuerdo. No sigo ninguna religión y no creo en los horóscopos –aunque el mío suela acertar, como acabo de comprobar–. Me gusta la música, el cine, la fotografía y tener momentos de soledad para aislarme del mundo y equilibrar mis emociones. Me encanta el deporte. Espera, creo que eso ha sido un poco pretencioso. Lo único que hago es correr todas las tardes e ir al gimnasio dos o tres veces a la semana... Quizás menos. Odio las rutinas y me aburro enseguida. Me preocupa ese detalle, porque el día que se junte mi trabajo de abogado con la rutina diaria creo que voy a acabar explotando. Eso si no lo hago antes, durante los largos años que dura la carrera universitaria. Dice mi madre que también tengo un lado creativo, pero lo tengo bastante abandonado. Por lo visto de pequeño tenía una imaginación desbordante y dibujaba bastante bien. Ya no me acuerdo de eso. Lo que sí sé es que tengo mucha facilidad para divagar y perderme entre pensamientos, como por ejemplo estar hablando del deporte y terminar la frase comentando mis habilidades creativas.

Realmente no sé en qué momento esto dejó de ser una opinión moral para pasar a ser una presentación personal y luego convertirse en una redacción de colegio, de esas que escribes corriendo el último día del verano para leerla ante todos tus compañeros al volver a clase. Dieciocho años pero en el fondo sigo siendo el mismo idiota. Lo sé. Iba a decir "basta de hablar de mí", pero me parece que eso es imposible dadas las circunstancias. Mejor diré "basta de fingir". Porque, lo que ahora mismo soy, se puede resumir en una simple frase: soy un caos atormentado que necesita saber que tiene su hueco en algún rincón del mundo.

1. LA LITERA Y EL MAPACHE

Dar un traspíés, tropezar en la escalera de la puerta del bus y caer de boca al suelo no es precisamente la mejor forma de hacer acto de presencia en un lugar nuevo. Pero así comienza mi aventura en este campamento. Está claro que, en algún lugar de Norwalk, Sussan me está haciendo vudú con un muñeco hecho a mi imagen y semejanza a modo de venganza por haberla dejado abandonada durante esta semana. Como si yo tuviera la culpa de que haya tenido que quedarse estudiando para recuperar dos asignaturas pendientes. No obstante, no creo que vaya a perderse nada del otro mundo, ambos lo sabemos; pero supongo que está más amargada por lo aburrida que va a ser su semana que por haberme ido sin ella. Creo que es la primera aventura a la que me lanzo sin su compañía desde que nos hicimos inseparables hace años. Y, en el fondo, quizás es lo que necesito para que el aislamiento sea total... Dentro de las circunstancias.

Me levanto sonrojado, intentando dibujar en mi cara una sonrisa que demuestre que soy un chico espabilado que se ríe de sí mismo, aunque en el fondo estoy muerto de vergüenza y pensando que este incidente me ha relegado automáticamente a pasar el campamento con el grupo de los *nerds*. Miro a mi alrededor y, para mi sorpresa, soy tan irrelevante que ni siquiera los empollones se han dado cuenta de mi caída. Genial, Ryan. No vas a ser el marginado, sino el ignorado.

Entre pequeños dolores y quejidos lastimeros, me dirijo hacia el lateral del bus para coger mi enorme mochila de acampada y me la cargo sobre los hombros. Es entonces cuando me arrepiento de haber pensado que traer algo más cómodo a un campamento me habría hecho parecer un niño pijo. La mayoría han traído maletas de viaje, como si esto fuera un hotel y soy de los pocos que se ha traído la ropa arrugada e introducida a presión en una mochila dos veces el tamaño de mi espalda. Segunda cagada del día. Si el muñeco de vudú de Sussan puede hablar, ahora mismo le estará contando que tenía razón, que habría sido mejor idea haber seguido su consejo.

—No seas imbécil y lleva una maleta. Que los demás piensen lo que les de la gana. Más vale parecer pijo que gilipollas —me dijo ayer por la tarde antes de despedirnos.

Debería empezar a hacer caso a Sussan cuando me aconseja pasar de la gente, de lo que puedan o no pensar, y actuar en función de mis necesidades indistintamente de lo que pueda ocurrir después. Aunque para ella es fácil decirlo, no tiene que soportar el peso que llevo cargando yo sobre mis hombros durante una larga temporada ya. Y no me refiero a la mochila. El caso es que siento que algo ha cambiado en mí. O está cambiando. Algo a lo que no he querido darle importancia porque he estado centrado en sacar buenas notas

para poder acceder a la carrera de Derecho. Algo que lleva azotándome los pensamientos y los sentimientos desde hace ya varios meses. Algo que no tengo claro que vaya a ser positivo en mi vida. Algo que, definitivamente, no le iba a gustar mucho a mi padre.

Todo empezó hace unos cuantos meses. Bueno, para ser sincero, supongo que empezar, lo que viene a ser iniciarse el cambio, empezó hace más tiempo; pero yo no había reparado en ello hasta finales del verano pasado, cuando regresé a Norwalk tras pasar la temporada en la playa. Fue algo tan simple como ir caminando por la calle y ver a alguien que me llamó bastante la atención. Supongo que cualquiera que tenga ojos sabe distinguir y apreciar la belleza exterior de una persona, indistintamente de si se siente atraído por ella o no. Pero, en mi caso, la inspección fue más allá y recuerdo que no pude quitar la vista de aquel monumento que tenía enfrente. Había dejado atrás la sutil e inocente opinión superficial acerca de su físico, para empezar a tener ligeras fantasías en mi cabeza en las que le pedía su número, o deseaba que se acercara a mí para conocerme porque le había gustado. En apenas quince segundos que tardamos en cruzarnos en mitad de un paso de cebra, me dio tiempo a descubrirme a mí mismo literalmente babeando por alguien que jamás hubiera pensando que podría gustarme: un chico.

Así es. Después de ser el ligón del instituto, de tener un par de novias fugaces y besos furtivos en los pasillos con media plantilla de animadoras, de ser el que siempre defiende a Nathan cuando lo llaman mariquita por no querer jugar al fútbol y, en definitiva, de haber sido una persona en concreto durante toda mi vida; mi mundo se desmorona, se sacude, se vuelve del revés y empiezo a creer que cabe la pequeña posibilidad de que sea gay. Para que luego digan que se nace, no se hace. No estoy de acuerdo. Y, en verdad, de pequeña nada, la posibilidad es bastante elevada porque la situación de verme atraído por otros chicos guapos que me llamen la atención se ha ido multiplicando y repitiendo durante este tiempo, cada vez con más frecuencia.

Creo que acabo de quedar como un superficial de mierda. No lo soy. O igual lo soy, pero sólo en este tema. Nunca he sido de esos que juzgan a los demás por su físico. Pero, en este caso, sólo me ha ocurrido con chicos que realmente me hayan llamado la atención externamente. De ahí que, de momento, sólo considere que esto de ser homosexual sea sólo una posibilidad. Quizás es algo pasajero, una fase. O quizás no es algo sexual y simplemente tengo la mente tan abierta que confundo atracción con convicción de que alguien sea atractivo y tenga un físico envidiable que me gustaría para mí.

El problema viene cuando se tiene una mente como la mía, que no para de darle vueltas y más vueltas a cualquier pequeño asunto. Lo que provoca que lleve semanas añadiendo más y más peso a esa carga que llevo encima; preguntándome continuamente qué pasaría si realmente fuera gay, cómo se lo diría a mis padres llegado el momento o cómo haría para ocultárselo, qué pensarían de mí en el instituto, qué dirían Sussan y Nathan... Mil preguntas que consiguen que, a día de hoy, lleve siempre conmigo una carga emocional que me impide ser como soy en realidad y dejarme llevar; porque siempre acabo pen-

sañdo que alguien se dará cuenta de lo que pienso y desvelará mi secreto. De hecho casi me hecho atrás en mi idea de venir al campamento, ya que en mi agitada y revolucionada mente no dejaba de imaginarme situaciones en las que alguno de los compañeros de cabaña descubriera mis pensamientos y me hicieran el vacío o me echaran por rarito.

Lo gracioso del asunto es que estoy convencido de que Sussan tiene las palabras exactas que harán que me sienta mejor y cambie mi idea respecto a ser o no ser gay, pero es algo que aún no me he atrevido a contarle. Tengo miedo de que nuestra amistad cambie.

–Ryan, tú que tienes las manos desocupadas, ¡ven y ayúdame con esto! – me dice Danny desde el otro lado del bus, a través del compartimento de los equipajes.

–¿Quién se ha traído el armario entero? –le pregunto.

–¿Quién va a ser? –responde Anna, que andaba agachada detrás de un montón de maletas intentando sacar un pequeño bolso que está atrapado bajo un montón enorme—. ¡Yo! Estar de campamento no va reñido con la higiene.

–No creo que ser higiénico signifique traer tres cambios de ropa para cada día –añade Danny.

–¡Qué sabrás tú de las necesidades que tenemos las chicas!

–Si estuviera Sussan aquí, estoy seguro de que nos daría la razón –digo yo con total convicción.

–Sussan no es una de las nuestras, ella va por libre.

–Eso es verdad –reconozco—. Pero nos daría la razón de todos modos.

Sussan es como el mejor amigo que todos los chicos quieren tener y, al mismo tiempo, la chica más femenina y espabilada del instituto. Tiene lo mejor de cada sexo, en sentido figurado obviamente... Que yo sepa. Es descarada, deportista, inteligente, independiente, divertida, sarcástica y muy directa. La sinceridad en bandeja de plata. Pero también tiene un corazón enorme, le encanta la moda, los chicos, los cotilleos y no sale de casa con menos de ocho centímetros bajo los talones. No conozco persona más loca en el mundo que ella, ni tampoco alguien a quién necesite tanto a mi lado. Es mi Pepito Grillo pelirrojo. La voz que siempre está ahí para darme el consejo correcto en el momento más oportuno. Ella tiene todo lo que me falta a mí y yo soy todo lo que ella no es. Seríamos la pareja perfecta si la atracción sexual no fuera inexistente.

Cargamos con nuestros equipajes y parte del de Anna por el camino que va desde el parking hasta la entrada de la zona general y nos sentamos en el suelo a esperar a que empiecen a asignarnos cabañas. Al ser un campamento de admisión pública totalmente ajeno a nuestro instituto, hay chicos y chicas de distintas partes de la ciudad y de otras cercanas. Todos entre los dieciséis y los dieciocho años. Todos, como yo, sin nada mejor que hacer esta semana que estar tirados en el bosque a ochenta kilómetros de la civilización, sin cobertura y sin wifi. Esto va a ser como los juegos del hambre. Hemos llegado cien pero al final sólo quedaremos los que hayamos aguantado siete días sin internet. Ahora que lo pienso, este lugar acabará pareciéndose a un centro de rehabilitación para adictos al teléfono móvil.

El estridente sonido de un silbato me congela los pensamientos y me tensa los músculos de los hombros durante unos segundos. Uno de los monitores pide silencio y atención. Nos da la bienvenida al campamento y nos suelta el típico rollo de lo bien que lo vamos a pasar, las aventuras que vamos a vivir y lo fantástica que será la experiencia para despedir la adolescencia ahora que vamos encaminados hacia la universidad –unos más que otros–. Dos comentarios, algún chiste sin gracia y varias interrupciones con preguntas sobre los bichos y animales que podemos o no encontrarnos en esta zona después, por fin empiezan a dispersarnos a todos en diez grupos para ocupar las cabañas.

–¡Cabaña uno! –grita otro de los monitores–. Lisa Philips, Barbra Smith, Caroline Harding,...

–Parece que empiezan por las chicas –me comenta Danny.

–¡Joder! –exclama Anna–. ¡A saber con qué clase de guarras me va a tocar!

–Lo que no se puede es venir a un campamento en plan fina –le responde Danny–. Aquí se viene a dormir poco, comer mal, divertirse y asearse lo justo.

Asiento dándole la razón, ya no por convicción sino por asustar a Anna, que lleva arrepentida de haberse apuntado a esta aventura prácticamente desde que rellenó la solicitud hace tres semanas.

–¡Anna García! –oímos que dice el monitor.

–¿Anna García? –pregunta Anna–. ¿Me han llamado?

–¿Cuántas Annas con apellido hispano crees que hay en este campamento? –le pregunta Danny irónicamente.

–Te toca cargar con tu armario a ti sola –añado riéndome–. ¡Es broma! Vamos, que te ayudo a llevarlo hasta tu cabaña.

Cargamos con sus maletas cuesta arriba por el pequeño sendero que lleva hasta la cabaña donde las otras nueve chicas se han reunido con una monitora. De camino, intento prestar atención a los nombres que van gritando por sí Danny se despista, como viene siendo habitual en él.

–¡Y Julia Wilson! –oigo de fondo–. ¡Cabaña tres! Patrick Brown, Matt Barton, Ian Clark...

Parece que ya han distribuido a todas las chicas y ya han empezado a asignarnos cabañas a nosotros. Dejo la maleta de Anna en el suelo y, después de cotillear un poco el interior de la cabaña a través de una de las ventanas, me voy cuando una de las chicas se ofrece a ayudarla a meter el cargamento de ropa en el interior. Mientras voy de camino para reunirme con Danny, empiezan a dar los nombres de la cabaña cinco y lo mencionan a él. Y entonces es cuando me doy cuenta de algo en lo que no había caído antes: lo más probable es que me toque en una cabaña llena de gente que no conozco. No es que me preocupe demasiado, soy bastante sociable, pero por alguna razón llevaba semanas dando por hecho que Danny y yo compartiríamos cabaña en este campamento. Y parece que la suerte está de mi lado porque, pese a la escasa probabilidad, el último nombre de la cabaña cinco es el mío. Se me escapa un suspiro de alivio, que se corta en cuanto levanto mi pesada mochila del suelo y me la cargo de nuevo a la espalda.

–¡Menos mal! –exclama Danny en cuanto llego a su lado–. Ya me veía escapándome por las noches para ir a dormir contigo.

–No te pongas romántico, Danny. Que me sonrojas –bromeo.

–¡Idiota! ¡No es eso! –responde sonrojándose de verdad–. Es que sabes que no soy muy sociable cuando estoy solo. Se me da mejor hablar con gente nueva cuando jugamos a “¿Conoces a Danny?”.

Juego inspirado en el “¿Conoces a Ted?”, que es un truco para ligar que usan en la serie *How I Met Your Mother*; sólo que nosotros lo utilizamos para cualquier tipo de encuentro social, con chicos y chicas indistintamente, con el único fin de que Danny empiece una conversación con gente desconocida. Y la verdad es que no suele funcionar mucho, porque la gente se piensa que estamos bromeando y no usando la excusa de forma real para hacer amistades o ligar.

Somos los primeros en llegar a la entrada de la cabaña, incluso antes que el monitor de nuestro grupo. Dejamos nuestras cosas en el suelo y doy un rodeo observando la estancia como ya hice con la de Anna. Son iguales. Típica

cabaña de campamento como las de las películas, con sus ventanas –llenas de telarañas, por cierto–, el tejado alto y un pequeño porche que la rodea por completo. Ésta tiene la peculiaridad de que la han construido al lado de un árbol de enormes ramas y, en lugar de cortarlas, una de ellas atraviesa la cabaña diagonalmente en la esquina trasera. Chapuceros.

Cuando llega el resto de los chicos, el monitor abre la puerta y entran todos corriendo como si sólo hubiera camas para la mitad. Danny y yo entramos los últimos, sin prisa, intentando aparentar que somos mayores y más maduros que los demás –cosa que a simple vista creo que es cierta– y descubrimos que nos han dejado libre la litera del fondo. La curiosa rama que atraviesa la cabaña y que me parecía fascinante desde fuera, me produce odio y rechazo desde el interior, al ver que pasa justo al lado de nuestra litera. Y no me disgustaría tanto si no fuera porque estamos contemplando un mapache correteando por dicha rama, saltando continuamente hacia la cama y de vuelta al árbol, dejándolo todo hecho un asco. Justo en lo alto, una de las ventanas está entreabierta. A saber qué clase de bichos han estado usando esta cabaña como refugio durante el invierno.

–Me pido la cama de arriba –se apresuró a decir Danny, eligiendo la cama limpia de mapaches.

–Toda tuya –le respondo–. Si el bicho ese sabe abrir ventanas, llegará a las camas altas antes que a las bajas.

–¿No hay armarios? –pregunta otro de los chicos, mirando a su alrededor.

–¿Te crees que esto es un hotel? –le pregunta otro.

–En algún lugar habrá que meter la ropa, ¿no?

–En el mismo en el que la tienes ahora –le respondo yo metiéndome en la conversación.

–¿En la maleta? ¿Arrugada?

–Has venido a un campamento, no a tomar el té con tus amigas, bonita –le responde el mismo de antes.

Entonces se hace el silencio y el chico, avergonzado, se sienta en su cama –la única que no es litera– de espaldas al resto, mirando algo en su teléfono móvil –fingiendo, supongo, a no ser que tenga conexión con algún satélite de

la NASA—. Danny y yo nos miramos incómodos. Diez minutos en la cabaña y ya han empezado los insultos, vaya semana nos espera. Y lo peor es que ese comentario me lo podría haber hecho a mí, porque yo me estaba preguntando exactamente lo mismo sobre dónde guardar la ropa. Claro que si a mí me hubiera intentado ridiculizar, no me habría sentado en silencio sino que ya estaría estampando su cara contra el metal de la litera más cercana. Instintivamente me acerco al chico al que acaban de humillar.

—No le hagas caso —le digo.

—No pasa nada. Ya estoy acostumbrado a que me traten así.

—Nadie debería tratarte así.

—Es lo que hay. Pero me da igual. Yo soy como soy y ya está. Al que no le guste que no mire.

—Aún así, no son formas de hablarle a alguien que no conoces —añade Danny un tanto distraído, como si quisiera mostrar su apoyo pero sin involucrarse mucho en la historia.

—Seguro que está atormentado —continúa el chico—. No se atreve a salir del armario y por eso la ha pagado conmigo, porque le he recordado lo que es y tiene miedo a reconocerlo.

Y por un momento pienso que está hablando de mí, aunque ni yo mismo sé si soy lo que creo que soy o sólo son tonterías de la edad. Pero sí tengo claro que yo jamás pagaría con nadie mis desórdenes mentales o sentimentales. Cada uno carga con su mochila y no es de buena educación ni moralmente útil obligar a los demás a cargar también con ella, especialmente si son desconocidos que no tienen ni idea de por lo que estás pasando y sólo se van a sentir ofendidos.

—Me llamo Eric —se presenta finalmente el chico humillado.

—Yo soy Ryan y aquel es Danny.

—Mis amigas decían que estaba loco por venir a este campamento. Porque no tengo amigos que sean chicos, solo chicas. Decían que iba a pasarlo fatal en la cabaña, solo. Y creo que tenían razón.

—Bueno, no del todo. Ya has hecho dos amigos. De aquí a que nos vayamos seguro que cae alguno más —le respondo.

–Permíteme que lo dude.

Suena un silbato varias veces.

–Reunión en el edificio principal –dice Eric.

–¿Cómo lo sabes? –pregunta Danny.

–Lo pone en la hoja que nos dieron al bajar del bus.

Miro a Danny extrañado.

–A nosotros no nos dieron nada –responde Danny.

–Yo me di un buen golpe, pero nada de hojas de papel.

Eric busca en su mochila y saca una pequeña hoja de papel. En ella, aparte de alguna información básica sobre el campamento y los alrededores, hay indicaciones que explican que significan los silbatos. Si suena dos veces es la hora de apagar las luces de las cabañas. Si suena tres veces es la llamada al desayuno, almuerzo, merienda o cena. Y si suena una vez de forma prolongada tenemos que dejar lo que estemos haciendo y acudir a la zona principal para recibir algún tipo de indicación. También explican que si ocurriera algún accidente, incendio o similar sonaría la alarma por la megafonía.

Como de costumbre, somos los últimos y los tres seguimos al resto de la manada hasta llegar al lugar en el que chicos y chicas se mezclan a su antojo como si lleváramos semanas separados. Localizamos a Anna.

–No soporto a ninguna de las pijas de mi cabaña –dice nada más vernos.

–¿Perdona? –pregunta Danny con cierto sarcasmo–. ¿Pijas has dicho? ¿Y tú qué eres?

–Pues imagina como son ellas para que me hayan puesto de los nervios en apenas quince minutos.

Noto como, según habla, Anna echa continuas miradas desconcertantes a Eric, por lo que enseguida me apresuro a explicarle quién es y por qué está con nosotros. Para cuando terminamos de oír una charla sobre horarios, lugares prohibidos, límites geográficos que no debemos sobrepasar y demás parafernalia que casi todos se van a saltar en menos de veinticuatro horas, Anna y Eric han congeniado a la perfección y prácticamente nos han dejado a Danny y a mi

de lado. Bueno, al menos he podido comprobar que dos de mis amigos no sienten reacción adversa o algún tipo de alergia a la homosexualidad. Viene bien saberlo, por si al final termino siéndolo yo también. Y digo "termino" porque creo que ya he empezado.

2. LA CUERDA

Si hay algo que he comprobado desde que tengo uso de razón es que hasta las diez de la mañana no soy persona. En cambio, hoy nos han despertado a través de la megafonía a las siete y media, por lo que ahora mismo debo de ser la viva imagen de Lindsay Lohan después de dos noches seguidas de fiesta; es decir, su look habitual. Son las ocho de la mañana, vamos a por el desayuno y ya estoy totalmente arrepentido de haberme apuntado a esta tortura de campamento. Con lo a gusto que estaría yo ahora mismo en Norwalk, remoloneando entre las sábanas, con la calefacción a tope y el desayuno esperando en la cocina todo el tiempo que fuera necesario. Lo bueno es que, como no tenemos internet, tampoco tenemos constancia real de una vida mejor más allá de las fronteras de este lugar, así que el conformismo es nuestra única salvación.

Se supone que, con dieciocho años, uno ya debería estar aprendido en este tipo de cosas y habría previsto el madrugón que nos iban a hacer sufrir. Pero no. Pese a apagar las luces antes de las once de la noche, estuvimos despiertos hasta las tres o cuatro de la madrugada. Nos escapamos en mitad de la noche en busca de la cabaña de Anna para asustarla y acabamos metidos en otra llena de chicos, que corrieron a perseguirnos en mitad del bosque con serias intenciones de darnos de todo menos abrazos. Menos mal que conseguimos escabullirnos y regresar a nuestra cabaña antes de que averiguaran quiénes éramos. Pero allí nos esperaba Eric desvelado, buscando conversación y compañía en la primera noche que pasaba lejos de su familia y amigas. Hubiéramos seguido contando historias y tonterías hasta el amanecer, si no fuera porque el resto de los gilipollas con los que compartimos cama empezaron a quejarse y a amenazarnos con llamar a algún monitor si no cerrábamos la boca. Visto ahora con la perspectiva de la hora que es y lo que me cuesta mantener los ojos abiertos, creo que lo mejor habría sido que nos hubieran cosido la boca a la almohada.

Después de desayunar, vuelvo a meterme en la cama y consigo dormir una hora más antes de que un estridente silbato suene de forma prolongada una y otra vez cada minuto; obligándome a salir de entre las sábanas y hacerle caso a Danny que me llama desde fuera.

—¡Mueve el culo, Pinkert!

Sigo sin estar del todo espabilado, pero al menos ya no me siento como si fuera un despojo humano que lleva tres días sin pegar ojo. Vuelvo a calzarme las zapatillas y sigo a Danny que ya se ha adelantado sin mí. Cuando llegamos —los últimos— todas las miradas se clavan en nosotros y por un momento me siento obligado a pedir perdón o algo así, ya que parece que no han empezado porque faltaba alguien al hacer el recuento.